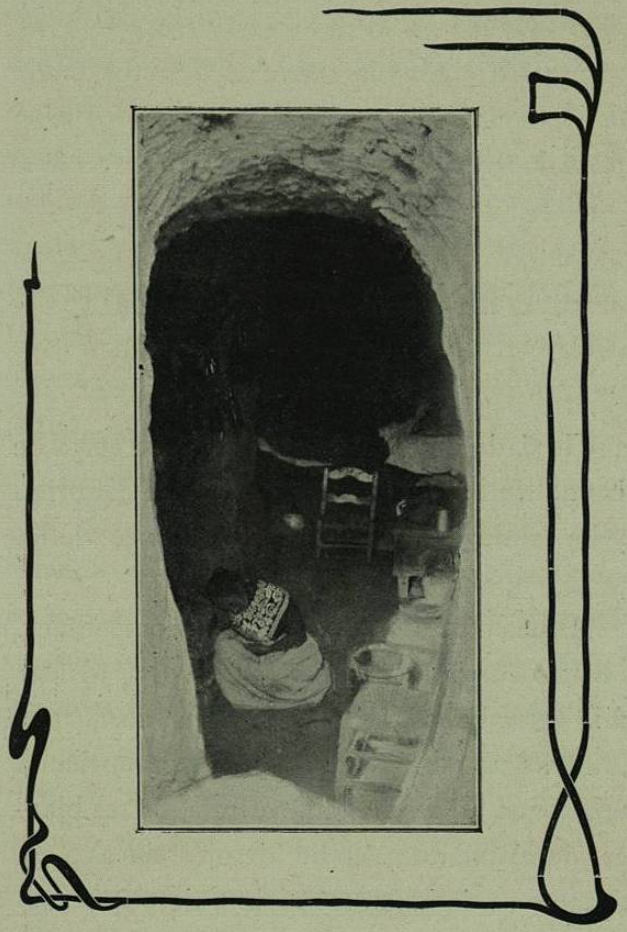
suelo... la otra niña y el niño abrazados á la madre y llamándola con dulce balido: «¡mamaïta! ¡mamaïta!» El padre, con la cabeza hundida entre las manos, sin removerse á nada, como si fatalmente, así, en aquel estado de desesperación infinita, hubiesen de estar siempre!

LA MADRIGUERA

Evoco nuestra conejita: una conejita que ha parido siete conejitos que se la comen viva... Ella se ha quedado en los huesos, los conejitos son muy menudos, no espuman, se ponen á mamar: chupetonazo aquí, chupetonazo allí... ¡se la tragan y siempre tienen hambre!... Además, el animalito, para que sus hijos estén calientes, se arranca á bocados el pelo que apretuja sobre ellos con las patitas suaves...

He visto un desdichado hogar que me ha

dado la misma nota, la misma impresión: es una madriguera humana! El matrimonio, aquellas infelices gentes, tienen nueve hijos que nunca se ven hartos de pan... entre ellos siempre hay alguno con las carnes desnuditas ¡sin hato! Las míseras ropillas pasan de unos á otros, de los grandes á los pequeños, disputada, reñida constantemente la posesión de aquellos guiñapitos perdurables, eternos, que tiran hasta consumirse raidos, despizcados, deshilachados...

No tienen cama y duermen los pequeñuelos sobre unas hojas secas, hacinados en un rincón, agitándose y estremeciéndose de frío...

La madre, al acostarse, los mira con un silencio trágico, con una inquietud dolorosa y, desnudándose, ¡pone sus pobres ropas sobre la apiñada cría, que, con manifiesta gratitud, rebulle!...